

Antonio, tan conmovido y en voz tan baja, que la jóven casi tuvo que adivinar lo que le decía.

—¡Piedad!..... ¿Qué espero?..... ¿Me autoriza vd. para tranquilizarme y creer que pueda abrigar la ilusion de que no me rehusará vd. la felicidad de su amor?.....

Mientras Antonio pronunciaba estas palabras, Piedad se habia puesto lívida.

El seno de la muchacha se levantaba y descendia por la agitacion..... Nada contestaba.....

—¿Me amará vd., Piedad?—dijo Antonio, no menos conmovido.

Entonces ella se inclinó hácia atrás, y apoyando en la frente el borde superior de su abanico, lanzó sobre Antonio una indefinible mirada, y articuló en voz tan baja como un suspiro, esta palabra:

—Sí.....

LXXVIII.

Antonio sintió que todo el cielo de la felicidad se le desplomaba sobre la cabeza en nubes de rosas.....

Al finalizar el espectáculo fué á despedirse de la jóven.

—Espere vd. mi resolucion definitiva—dijo esta al separarse de Antonio.

No hubo lugar para que ninguno de ambos jóvenes hubiese podido añadir una sola palabra.....

LXXIX.

A los dos dias salia Piedad con su familia para la ciudad de ***

Iba tranquila y contenta.

Dejaba en México á Antonio confiado y feliz.

CAPÍTULO XIV.

“SANS FAÇON.”

LXXX.

Con tales palabras puede explicarse perfectamente el verdadero carácter que tomó lo que llamaremos «el espíritu de la intervencion europea en México.»

Jhon Bull, le Petit, &c., se habian incomodado, y esto podia ser terrible para México.

Nuestro Popocatepetl se insolentaba demasiado y subia muy alto.

Era preciso fundir á cañonazos su pretendida ó pretensiosa nieve eterna.

Tres hermanas se acercaban por el golfo, murmurando un ¡Mire vd. qué!.....

Y frunciendo el ceño de una manera amenazante.

Se pretendia hacer una nueva edicion de nuestro derecho de gentes, y era preciso hacerlo con letras de oro ó con rúbricas.

Era demasiado poca cosa la suma de ventajas y franquicias que hasta allí se les otorgaran.

Era preciso mas aún: esto es, *todo*.

Pero para pedir este *todo*, no bastaban los conceptos de las simples notas, y las secretarías de Relaciones redundaron por allá.

Las de Guerra quedaron encargadas del negocio, y el negocio pasó á tener la categoría de un *negociado*.

Fué ó se creyó necesario envolver las inviolables reglas del derecho de las naciones en estandartes rojos.

La política de todo el mundo con respecto á México, pasó de simples conminaciones á hechos.

México decididamente se *perdía*, y era preciso ganar á México á toda costa.

La Francia se encargaba de ello.

Ello podia ser aventurado, podia tal empresa tener un carácter anfibológico.

Pero no era de desdeñarse el billete de tal lotería.

A Laurencez le habia tocado una especie de aproximacion singular.

Le fué pagada.

La Francia se quiso constituir en árbitro «amigable componedor de nuestras cosas.»

Juarez, el elemento mexicano, representante ya del elemento nacional, por tantos años deprimido en pro del extranjero, rehusó tal intervencion, manifestando de un modo terminante que rechazaria la fuerza con la fuerza.

Aquella felicidad que nos venia de Europa envuelta en proyectiles, articulaba, al recorrer *la trayectoria* en el espacio, no sé qué raras interjecciones demasiado poco castellanas, y sobre todo, nada mexicanas.

México ni quiso ni pudo entenderlas; pero se ofendió de ellas.

Resueltamente querian los franceses hacernos felices por la fuerza.

Nosotros nos empeñamos, á toda costa, en ser los séres mas desgraciados de la tierra; pero solos.

El viejo continente inició, hace muchos años, su accion sobre el nuevo, ejerciéndola con toda la eficacia de su política y con todo el tacto y diplomacia de su experiencia.

Llegó, puede decirse, á conquistarlo todo, menos la idea.

Atacado el principio frente á frente, la cuestion cambiaba.

No eran ya las franquicias otorgadas á los importadores de una dispendiosa civilizacion:

Tampoco la definicion rigurosa de la mayor ó menor suma de garantías hechas siempre efectivas á los diversos nacionales; garantías que jamás dejaron de ser un hecho:

Fué algo mas.

Fué el desquiciamiento pretendido y no consumado de un principio sancionado universalmente por el derecho de todas las naciones; y la conculcacion importaba un crimen de proporciones agigantadas.

Ese principio ultrajado, devolvió sangre y fuego y opuso la fuerza á la fuerza.

El Genio frances tuvo que plegar sus alas ante la impotencia de fusilar una idea.

Esto hubiera sido su triunfo.

La consagrada montaña de Querétaro no fuera hoy, sin duda, un monumento de la gloria de México, sino un recinto de melancolía, desolacion, vergüenza.....

Veriamos allí aglomerados los escombros de nuestras esperanzas.

Es bien sabido que los franceses pretextaron aceptar la forma de un tratado para consumir una obra de perfidia.

Esto entraba en la táctica francesa.

Sesenta ó setenta mil hombres vinieron á interpelar al pueblo de México.

Nos preguntaron, con el arma preparada y apoyándola en nuestro corazón:

— ¿Qué forma de gobierno apetece?

Y aquel ejército, derrotado moralmente en Puebla, é irracional, violento y bárbaro en todas partes, casi se le veía pasar adelante, con la frente sellada por su flor de lis, y bajo el estallido del látigo de Bonaparte el tercero.....

En la época á que referimos los acontecimientos de nuestro libro y la acción de nuestros personajes, aquella tempestad empezaba á flamear en nuestros horizontes.

Todo el mundo se preparaba.

Unos para evadirse de ella, otros para combatirla.

Todo en México vivía bajo el concepto de que los franceses se acercaban.

¡Los franceses!.....

Ellos fueron siempre los que hallaron aquí todas las ventajas, y ninguno de los inconvenientes del extranjero.

Ellos los que desconociendo su propia influencia en nuestro carácter y costumbres, pudieron olvidar que de ellos mismos supimos aprender á llamarlos «bárbaros.»

Pocos esfuerzos debían de necesitarse para hacer efímera aquella acción de un continente en el otro.

Aquella *calaverada* no tenía nada de sencillo, y Puebla fué solo la instancia de un argumento.

¡Cuán sensible es que nuestro desprecio de ahora no llegue á las proporciones de nuestras afecciones de antes por los franceses!.....

La temida situación amenazaba caer y estallar como un proyectil mortífero que todo lo dispersa.

Le esperaba el cataclismo.

Por unos, con furor; por otros con desesperación.

La marcha pública y los intereses individuales quedaron

entorpecidos, y fué preciso desviarla para conducirla hácia un solo objeto. La guerra.

Se fabricaron cartuchos y se aglomeró, bajo el espíritu público, la mayor suma de combustibles morales.

El espíritu público ardió.

Los soldados de la República gritaron desde las murallas de Puebla un

«¡Hémos aquí!»

Y el viejo artillero Courtois d'Hurbal, se preparó para estornudar con toda su artillería sobre la moderna Zaragoza.

Los oficiales franceses tienen un brio puramente de *dandy*.

Ven algo de rosas, de placeres, de molicie detrás del humo del combate.

México, esta joya rica y codiciada, este jardín de un continente, esta caja central del mundo; México, decimos, atraía las miradas y los deseos de aquella gente que se iba á diezmar ante los muros de Puebla, soñando en «Las Mil y una noches de México.»

Aquellas «Mil y una noches» debieron volverse, un poco mas tarde, «mil y un fantasmas.»

Permítasenos una proporción:

Vino á ser el *chinaco* en México, al francés, lo que es en París al francés el inglés:

Una caricatura.

Aquellos rubios aventureros que pudieron acercárenos llenos de audacia, ostentando en el pecho todos sus milagros de Africa, Solferino, Magenta, &c., deben haber hallado excesivamente adusta su expedición hasta México.

Aquellos sesenta ó setenta mil volúmenes desembarcados en Veracruz, y que venían *importándonos* no sé qué tratados de *l'esprit*, tuvieron que enseñarnos mas de una vez los *lomos*, y allí vimos sus *títulos*.

No tenían otra cosa que llevarse, que una medalla acuñada en París y una cara sellada en México.

Aquel peloton de *sangre latina*, jamás pudo farfullar el azteca; pero tuvo al fin que *darse* por entendido.

Algo pudieron entender de lo que el hermano Jhonathan les dijo en inglés.....

El inglés que se habla en los Estados - Unidos, suele ser demasiado expresivo aun para los europeos que menos gustan de aprender el inglés.

¡Qué sé yo qué pasó con la consabida expedición francesa, iniciada por agigantadas sombras como de titanes, y terminada entre pelotones de caricaturas animadas y fugitivas!

Es preciso no negar que los franceses son valientes. Somos nosotros, los mexicanos, quienes debemos mandarlo decir *al de las Tullerías*.

El que trocó la corona por la caperuza.

La Grève por Querétaro.....

¡Pobre Hapsburgo!.....

LXXXI.

El descendiente del padre prior de los Gerónimos de Yuste, debe de haber muerto fastidiado.

Aquel hombre, que era todo imaginación, nació destinado á perder la cabeza en un lugar todo jardín.

Empezó á perderla desde su aceptación del trono de Moctezuma;

Esto es, un trono puramente presunto.

Aquel hombre, que desde *Miramar* había soñado la corona, llevó á ella la mano y no encontró ni la cabeza.

Aquella cabeza pertenecía, desde muchos años antes, á un partido moribundo en México.

El partido se hundió para siempre con todo, absolutamente con todo, hasta con la cabeza de Maximiliano.

Merecía ciertamente una suerte mas noble que la del min-go que se pierde.

El tercer Napoleon soñó y deliró no sabemos hasta dónde.

Se vió envuelto qué sé yo en qué laberinto de conjeturas y deseos;

Se presentaba la probable realización en México, y cerca de Trieste habitaba un alemán soñador y utopista, aspirante y atrevido.

Napoleon entregó á aquella especie de artista, un eslabon de la cadena con que pretendia aherrojar un continente al otro, y la cadena solo pudo encadenar á un hombre, pero no á un mundo.

¡Pobre Maximiliano!

Exclaman *de corazon* cuantos aman lo bello.

¡Desgraciado archiduque!.....

Profieren cuantos piensan en lo grande.

Fué bello como un rayo solar penetrando en México á las doce de la noche.

Pero así fué absurdo, singular, excepcionalísimo.

Proyctil de oro, vino á herir un principio.

Figura exótica y rosada, vino á abortar el principio opuesto, y solo halló un fin.

La tumba de Maximiliano cubre algo mas que el cadáver de un noble austriaco.

Sobre su losa se lee el *Hic jacet* de una bandería traidora.

La postrera esperanza de un partido.

La mistificación de un tirano usurpador.

Sobre la tumba de Maximiliano debe consignarse la expresión terrible de toda una gran necrópolis.

La figura mas alegórica, por decirlo así, el signo mas elo-

cuenta que pudiera colocarse sobre aquel sarcófago del hijo de los Hapsburgos, debiera sin duda limitarse á un símbolo:

¡Un mundo roto, y velado en uno de sus hemisferios con un crespon negro, y el otro con un gasa rosada!

¡Basta de anatemas!

La razon y el sentimiento deben murmurar al oido del nieto de Cárlos V estas palabras:

Sit tibi terra levis.

¡Quede la execracion para el verdugo de las Tullerías!

La historia de los héroes se ha escrito siempre con oro, y la de los mártires con sangre.

Maximiliano fué víctima de la imaginacion, que pudo ver el poder, cuando no se le ofrecia sino la usurpacion.

Tal vez se albergaba en el corazon de aquel hombre la epopeya teórica del buen deseo.

Acaso vió hácia un fin, sin *pararse* en clavar sus pupilas azules y límpidas en los medios, y los medios eran un abismo insondable.....

Cayó.....

Fué llamado á *su poder* por una conspiracion, y fué derrocado por «la voluntad del pueblo.»

El patíbulo puede ser el apoteosis del caballero que cumple su palabra;

Nada mas.

El «Cerro de las Campanas» es hoy algo mas que una *faccion* de la naturaleza, ó si se quiere, un fenómeno geológico.

La mano de Dios intervino en su formacion física, y la de la República en la moral.

Es el pedestal de una historia:

Es un desenlace.

Las campanas de aquel cerro formularian un poema original.

El que contara «á gritos,» en presencia del mundo transeunte, la historia de la segunda independenciam de México; Esto es, el desenlace moral de la primera.

PROPOSICION.

«¿Qué diferencia hay entre Hidalgo y Juarez?»

«¿Cuál existe entre Iturbide y Lerdo?.....»

¡Quiera el cielo cerrar la boca del porvenir!!!

LXXXII.

Innumerables ocasiones, esto es, por una regla general si no absoluta, la expresion de la simpatía y la del deber referidas á un mismo objeto, no pueden compatibilizarse.

Cuando el corazon dice: «tocan las generales de la ley,» la razon *se abstiene*, ó se vicia.

Aquello de la imparcialidad es una virtud excepcionalísima.

No recordamos bien á *Destutt de Tracy*; pero creemos *illius venia*, que las palabras «pensamiento» y «sentimiento» se hallan escritas en los dos polos opuestos de un mundo puramente intelectual.

Esto es *ahora*, en los tiempos que atravesamos.

En cuestiones de derecho público, político ó internacional, aquella incompatibilidad constituye un principio incontrovertible.

Ellas mismas debieran formar una *regla de derecho*:

Esto es, si se conociera un derecho *práctico*.

El hombre *público* y la mujer *pública* deben ser el excepcionalismo personificado en materia de sentimiento.

En tales entidades se verifica la abdicacion de la persona por la cosa:

El trueque singular del *hombre* por el *principio*.

Esto no es un sarcasmo: tampoco una alusion.

Es algo mas grande, aunque menos *espiritual* que ambas cosas:

Es una verdad.

Nosotros excluiriamos á los muchachos de la magistratura siempre que observásemos en ellos un corazon demasiado tierno.

Y decimos «los muchachos» porque *lo que es* á los viejos, los excluiriamos por ahora de todo.

Por ahora, porque mas tarde tendremos que los muchachos serán viejos y los viejos muchachos.

No se olvide que estamos en una época de invenciones y descubrimientos.

Puede en tal sentido decirse:

¡Hay tantos viejos que incurren en *muchachadas!*.....

Y tambien:

¡Hay tantos muchachos que se anticipan á sus años!.....

Dígalo *si no*, en confirmacion de lo primero, la vieja Francia *interviniéndonos*.

Y digámoslo *si no* nosotros mismos, que olvidamos por fin á la vieja Francia, que nos *intervino* hace pocos años con las *vias de hecho*, y que ahora sigue «*interviniéndonos*» *de hecho* bajo no sé qué pabellones ó no sé qué *palabrería*; mientras nosotros, tal vez *muchachos viejos*, que es lo mas probable, ó acaso *viejos muchachos*, que es lo menos, nos limitamos á contemplar al francés sombreado por un *pabellon*, y que continúa extrayendo oro y utilidad envueltos en *garantías*, y á esto llamamos:

«Un estado de perfecta *abstension* por nuestra parte, mientras Europa toma la *iniciativa*».

¿Vendrá esta iniciativa formulada en *latin* ó en *inglés?*....

Pero entretanto que Europa toma la iniciativa, creemos evidente que sigue tomando *otra cosa*.

¿Qué importa? De *aquí á allá* habrá para todo. Absolutamente para todo, hasta para comprar antifaces de oro que oculten el semblante severo y digno de la verdad!....

LXXXIII.

Nosotros compadecemos al desgraciado archiduque, como se compadece una persona, cuando una persona es un pretexto.

La abstraccion entre el hombre y el principio que se representa, es prácticamente imposible:

Ni se conocen ni se comprenden *las ejecuciones de justicia* en un mundo, única, pura y exclusivamente intelectual.

La sociedad vulnerada busca la encarnacion del abuso ó del crimen.

La abstraccion es algo mas que difícil, es imposible.

En tal virtud, es preciso fusilarlo *todo*, ó todo dejarlo.

Lo segundo era absolutamente imposible tratándose de Maximiliano.

Estaba de tal manera adherido al principio que llamamos *interventor*, que era propiamente su resultado y el representante de la intervencion.

A su despecho, si se quiere, y no obstante sus impotentes esfuerzos por *mexicanizarse*, perdónesenos tal palabra.

Dandy rico, *particular* ó sabio, hubiera acaso podido atraerse las simpatías de todos nuestros *círculos*.

Es la condicion de los extranjeros en México.

Resultado de un hecho atentatorio, no pudo merecer mas ni menos que el patíbulo.

De otra suerte, hubiera México tenido el sentimiento de condenar al desprecio á aquella víctima del sórdido monarca de los franceses.

LXXXIV.

Réstanos solo preguntar:

«¿Qué inconvenientes habria para hacer efímeras las garantías de que gozan los súbditos franceses en México, á fin de estrechar á su soberano á una iniciativa conforme del todo con el derecho de todas las naciones y la dignidad y los intereses de México?.....»

No sabemos si podrá impunemente emitirse esta proposicion.

No debemos callar cuando las circunstancias nos conceden la palabra.

Algunos actos del poder, reasumiendo la expresion de toda la suma de los vitales intereses de un continente, seria hoy la expresion definitiva del perfecto desenlace de la intervencion.

Europa entera podria comprenderla, ya fuera aquella emitida en mexicano ó ya en inglés.

No pretendamos ahora caminar por el estéril terreno de la omision, cuando hemos recorrido felizmente el de los hechos.....

Celui rira bien, qui rira le dernier.

LXXXV.

Por aquel tiempo, esto es, cuando los franceses se acercaban á Puebla, en México diversos grupos representantes de muy diversos intereses, se reunian cada noche á entregarse á varias conjeturas y á singulares deliberaciones.

Unos, suponiendo el caso de que los franceses triunfasen; Otros, el de que fuesen derrotados.

Porque todos los casos significaban ó representaban ciertos intereses generales é individuales.

Habia, como debe suponerse, quienes desearan ardientemente el triunfo de las fuerzas *intervencionistas*;

Esto es, los que pertenecian al partido que trajo la intervencion.

Otros habia que no podian ni tolerar la idea de la misma.

En este caso se hallaba la generalidad;

Pero una generalidad propiamente dicha.

El mal era excepcional.

El delito de infidencia se perpetraba *sotto voce*, porque no hubiera sido posible de otra manera.

Pero en México, en el mismo México tenia sus adeptos.

Muchos, puede decirse, muchos; esto es, hablando relativamente.

El café de *La Gran Sociedad* era uno de los lugares en que se formaban varios círculos á hacer comentarios de la situacion.

Esta se precipitaba visiblemente.

Los franceses «se habian tomado, sin tomar» y sin trabajo, los puntos que les parecieron convenientes y que les proporcionaban un mejoramiento de condiciones de clima, &c.

Entonces, como ahora, habia en *La Gran Sociedad* dos gabinetes laterales adornados con grandes espejos, cuadros, sofases, &c.

Una de las extremidades del salon formaba otro gabinete, que tampoco carecia de cierto *comfort* y de cierto gusto.

En la extremidad opuesta se hallaba la mesa de billar.

La Gran Sociedad es uno de los cafés mas antiguos de México, y ha contado antiguos, numerosos y asiduos concurrentes.

Hace mas de diez años que se tuvo la feliz idea de llevar allí un piano y un pianista.

Ambos objetos eran magníficos.

La concurrencia aumentó notablemente.

En México se ama el arte en donde quiera que se encuentra.

La música, en donde quiera que es buena.

Poco despues aquello aumentó.

Llegó á ser una pequeña y escogida orquesta.

Entonces se podia pasar una *prima noche* en *La Gran Sociedad*, seguro de distraerse y de estar allí contento, complacido.

A menudo los gabinetitos de que hemos hablado se veian convertidos en verdaderos canastillos de rosas.

Muchachas que iban á oír música y á devorar helados.

Es singular y bello contemplar una boquita linda y delicada como una flor, que se torna mas fresca y purpúrea con la nieve.

En la época á que antes nos hemos referido, en uno de los gabinetes laterales de que ya hemos hecho mencion, se reunian diez ó doce muchachos que iban allí á hablar de todo, pero con especialidad de política y de amores.

Las dos pasiones mas nobles y que mayor influencia pueden arrojar en la juventud actual.

Esto es si tales pasiones no son las que siempre la han arrojado de hecho, ó han debido arrojlarla en la juventud de todos los tiempos y de todos los países del mundo.

Aquellos muchachos eran, unos, empleados,

Otros militares:

Estudiantes otros, de derecho ó de medicina;

Otros, en fin, comerciantes;

Pero todos eran amigos, se tuteaban casi desde la infancia, se habian unido, unos por la identidad de aspiraciones, otros por la conformidad de caracteres ó de sentimientos.

A la sazón se encontraban todos dominados por una idea fija.

La idea fija que dominaba entonces á todos.

No era precisamente el mal general que se llama la guerra:

Era, ademas de eso, el resultado personal y distributivo que aquel azote general debia producir á cada uno de ellos.

Todos, por ejemplo, estaban poco mas ó menos enamorados.

Querian batirse.

Ardia en la mayor parte ese fuego quijotesco que hace soñar combates homéricos, refriegas inverosímiles, laureles y amor.

Cada uno de aquellos corazones estaba convertido en una especie de leyenda romántica.

Eran doce trovadores entusiastas é inflamados por el fuego activo de la quimera y del amor.

Sus conversaciones todas tenian no sé qué resabios de proclamas.

Los franceses eran *el galo invasor*.

Las muchachas de México, *palomas candidas y puras que vendrian á parar entre las garras del milano rapaz*.

El horizonte que se presentaba ante *aquellas fascinadas* imaginaciones, estaba enteramente entoldado con las nubes del polvo y del humo de la lid, y aquellas nubes estaban llenas de manchas de sangre, de instantáneos fulgores, de horrisonas detonaciones, de crujir de aceros, de vírgenes deshonradas (por los franceses) &c.

¡Ah!.....

Cuando los *ponches* y el entusiasmo hacian flamear aquellos ojos y encendian un extraño fuego en aquellos corazones, el gabinete presentaba un aspecto singular.

La animacion de aquel grupo hubiera bastado en ciertos momentos para contagiar á una gran masa.

Si les hubiera sido posible salir de *La Gran Sociedad* directamente al combate, se hubieran lanzado todos hasta el